

riamente tuberculosos que siembran el contagio en las calles, donde la recogeréis al pasar; de estos zaquizamies igualmente, donde yacen sobre camastros niños asfixiados por la difteria o tiritando alguna fiebre eruptiva, salen también vestidos, adornos, juguetes, que van a entrar en vuestras casas, e introducirán con ellos como el caballo de Troya, colonias de microbios infecciosos, que causarán víctimas inesperadas.*

Y así aparece con claridad meridiana, con su carácter de implacable fatalidad, con todo el poder imperativo de sus órdenes, esta gran ley natural de la solidaridad, que, con lazos de bronce, acerca y reúne el pobre y el rico, el enfermo y el sano, y les fuerza a sufrir en común, el mal como el bien, que los unos pueden infligir a los otros.

Voy a referir a ustedes un caso práctico de esta pintura tan cálida y cruda: Si no recuerdo mal fué algo así: Brote epidémico de tifus exantemático en la provincia de Burgos; los compañeros llegados de Madrid para estudiar el mal, son requeridos para una señorita residente en magnífica finca aislada de campo. Ya sabéis que el tifus exantemático se trasmite por el piojo; no tengo que aclararles íque en medio de aquella limpieza exagerada, si cabe, de cuerpo, vestidos y del edificio entero,

no pudo encontrarse parásito alguno. Pero la fuerza de los hechos no admitía discusión, y había que encontrar el vehículo utilizado por el piojo para llegar hasta su víctima, o la inversa.

Cuando más dificultosa parecía la solución, un mendigo cae atacado del mismo mal y al ser interrogado, con la escrupulosidad necesaria para someter luego a vigilancia la ruta seguida, manifestó que estuvo descansando en un pozo de la carretera frente a la finca. Allí sentada esperaba la señorita a que pasara el auto correo, y fué inoculada de virus tífico, haciendo inútiles los prolijos cuidados de limpieza que, rodeaban su persona y su vida... pero no la de aquel semejante que así pudo transmitirle su infección.

Y voy para terminar a hacer ligero comentario sobre el aspecto psicológico de la educación colectiva para lograr fruto en medicina social.

Decíamos que en cada caso de enfermedad la sociedad tiene su parte de responsabilidad y el enfermo también la suya; aunque en muchos casos sean puramente víctimas, y puedan argüirnos que, nadie le inculcó desde pequeño el sentimiento de la preservación individual y social.

Y a ésto hay que salir al paso con cada vez más elementos instructivos y de divulgación.

Conocemos bastante esta